



HISTORIA DE UNA CASA, GRITAR LA INJUSTICIA MEDIANTE UNA AUSENCIA

UNA CASA SOLA
SELVA ALMADA
Random House.
160 páginas. 18,90 €
Ebook: 9,99 €



Lucero, la Lorena y sus cuatro hijos han desaparecido, parecen haberse esfumado de la casa en la que vivían, que no era suya, sino del Patrón, que era también quien les daba trabajo. La casa está en el monte, cerca de un lago, el Mosca, en la provincia argentina de Entre Ríos. Dejaron todo en la casa, hasta los perros, cinco en la época, que después de días de espera infructuosa, también se marcharon.

En la novela más reciente de Selva Almada (Entre Ríos, 1973), *Una casa sola*, se cuenta la historia no de la familia de Lucero, sino más bien la historia de la relación con la casa, porque –y aquí es

donde viene la pirueta de Almada– la casa es la narradora y no se limita solo a contar la historia de la familia, sino que se remonta a sus orígenes y también a lo que vino, hasta diez años después de que la familia se esfumara.

«Pero quiero empezar contando los tiempos de antes. Muchísimo antes de los Lucero, una parva de años antes, añares ha. Yo todavía no era una casa, ni un reparo, ni un refugio, mi cuatro paredes de adobe y un techo de ramas, pero ya era, si se entiende, parte de esta misma tierra sobre la que el espinal se extendía leguas y leguas, mucho más allá de lo que alcanzaba la vista de cualquier hombre», habla la casa en la novela.

La radical apuesta de hacer de este edificio el narrador que construye y desarrolla la novela se lleva con naturalidad, sin alardes y sin acercarse en ningún momento al ejercicio gimnástico demostrativo. Porque la apuesta es radical no solo en lo que implica, sino en cuanto a de dónde viene: de la raíz misma, es decir, de una profundidad con

la que Selva Almada cumple. Habla la casa porque aquí lo más importante es el lugar, el territorio y cómo lo cambian quienes lo habitan y sufren las constantes injusticias del poder.

Lucero llegó solo a la casa: «[...] la primera vez que él entró sentí ganas de que se quedara. Entró como con un respeto. Puede parecer una tontería, pero me acuerdo que se sacó la boina que traía puesta y la colgó en un clavo que había en la pared. Después abrió la ventana y se quedó mirando para afuera. Salió, juntó leña, prendió la cocina. Armó una escoba con ramas de chicla y barrió el piso, sacó las telas de araña que colgaban del techo. Calentó agua y se sentó abajo del alero a tomar mate. Como si siempre hubiera vivido aquí».

Primero él solo y luego él y su familia hacen que la casa sea un hogar; por eso se detiene en su historia, que le sirve a Almada para atisbar la novela que podría haber sido de haber seguido el camino del policial, es decir, de la investigación de lo que le pasó a Lucero y su familia, que es la historia del campesinado de provincias en Argentina. *Una casa sola* es una novela completamente atravesada por la clase: es eso lo que explica que una familia pueda desaparecer sin que nadie se preocupe demasiado.

Hablar de desaparecidos en un país como Argentina tiene una carga que resuena en la novela aunque el asunto no vaya por ahí. Hay otras voces convocadas: las de los muertos en la casa y alrededores, fantasmas de diferentes épocas y condiciones hacen su aparición para traer con ellos una parte de la historia, privada y común, del país.

Una casa sola no resuelve el misterio –y desde luego tampoco lo pretende–, sino que muestra las citadas injusticias y la desigualdad social sin convertirse nunca en un panfleto ideológico o político. A pesar de su brevedad es una novela compleja, llena de capas y matices que afectan, claro, a lo narrativo pero también, y mucho, a lo estilístico. ■

Por **Aloma Rodríguez**

La novela no resuelve el misterio ni lo pretende, muestra las injusticias y la desigualdad sin ser nunca un panfleto

UN VIAJE A LA GRAN LOCURA DEL RADICAL SIGLO XX

ABY
MARIE DE
QUATREBARBES

Trad. de Vanesa G. Cazrola.
Periférica. 160 páginas.
18 € Ebook: 12,99 €



Si el siglo XIX conoció la admiración por las ruinas, el XX se adentraría en ellas. En su reflexión acerca del Ángel de la Historia, Walter Benjamin observó el aspecto terrorífico del paso del tiempo y su rastro de devastación. La ruina es la consecuencia de la vida, la huella fehaciente de nuestra mortalidad. Pero también, a través de sus grietas –decía Benjamin–, penetra la luz de la esperanza. Nada es lo que parece, nada es definitivo.

De todo ello nos habla la poetisa francesa Marie de Quatrebarbes en *Aby*, su primera incursión en la narrativa, breve novela que reconstruye el derrumbamiento psíquico que sufrió, tras la Primera Guerra Mundial, Aby Warburg. Siguiendo sus informes psiquiátricos, acompaña al gran historiador del arte en su camino hacia la locura y en su posterior recuperación.

La brillante prosa de la autora se adentra en la demencia de su protagonista en forma de chispazos luminosos. La electricidad se convierte en una metáfora obsesiva, a veces caótica, que actúa como principio compositivo del texto. Lo que Quatrebarbes entiende es que la locura de Warburg no fue casual, sino que reflejaba el sentido abisal de su vida y su época. Alrededor del sanatorio hace confluír los mitos de aquel periodo histórico: del psicoanálisis de Freud a la teoría de la relatividad, de las vanguardias al inconsciente colectivo.

«Es preciso que uno sea Dios –leemos en la novela–, un surrealista o un loco para que, colocado de frente ante un espejo, se vea la propia espalda». A superar estas paradojas, suspendidas entre la lucidez y el abismo, se empeña esta joven escritora cuya voz brilla con rara elegancia. ■

Por **Daniel Capó**



JORDI GRIFOL SERRAL DIRIGIR, CRECER Y NO CAER MANUAL DE SUPERVIVENCIA

Una guía para quienes están al frente de un proyecto y quieren llevarlo más lejos sin dejarse la piel por el camino.

Círculo Rojo
EDITORIAL

YA A LA VENTA
editorialcirculo rojo.com

TÚ TAMBIÉN PUEDES CONSEGUIRLO CON CÍRCULO ROJO www.editorialcirculo rojo.com

